

Luis Urquiza · Rafael de Aguilas · Tambo Vargas · Lupe Cajina
Pierre Jacomin · PEN Oruro · Pedro Javier Dehesa

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVII n° 443 Oruro, domingo 9 de mayo de 2010





El Gran Dorado II. Óleo sobre tela. 80 x 90 cm
Erasmo Zarzuela

José Lezama Lima

José Lezama Lima es un Niágara de manteca lleno de lucíermagas, goloso con la conversación y con el tenedor, que no podía andarse los zapatos impedido por el vientre. Escribió el español más ágil y más súbito de hoy. El asmático rinoceronte con alma de colibrí, vaporizaba en sus fauces rosas el alivio a su sofoco, y al lanzar el humo del habano el cuerpo se volvía locomotora. Fue un contrabajo con agudos de violín, una tuba sonando a pífanos. ¿Por qué se disfrazan así los ángeles?

Luis Cardoza y Aragón.

Ruido Blanco

Con este sugerente nombre, ha nacido la Revista ecuatoriana de poesía cuyo primer número se publicó en febrero del presente año en Quito. Se trata de una revista que, bajo el patrocinio de la Secretaría Técnica del Consejo Nacional de Cultura, la edita un equipo de intelectuales ecuatorianos: César Eduardo Carrión, Raúl Pacheco Pérez, Juan José Rodríguez, Juan Carlos Arteaga y Yanko Molina.

El Ruido Blanco, explica la nota editorial, es una señal aleatoria que posee todas las frecuencias posibles al mismo tiempo (...) Ruido Blanco pretende ser una revista de poesía con un infinito ancho de banda de cielos abiertos, donde los lenguajes excluidos tienen cabida junto a los lenguajes canónicos, privilegiando –eso sí– las apuestas de riesgo. En estas páginas debería leerse la posibilidad de un poema donde el ruido blanco sea la interferencia en un mundo automatizado y unidimensional.

¿Una revista de poesía en estos tiempos? Se preguntan en la primera página y, ante la respuesta afirmativa, explican sus razones, entre las cuales, llama la atención, "el futuro de la poesía en el Ecuador que, sin lugar a dudas, es el género que más promete".

De circulación restringida, las escrituras poéticas de los países de América Latina, tienen en iniciativas como las de Ruido Blanco, la posibilidad real de circular y, en el caso de la poesía que promete la mencionada revista, difundir uno de los géneros que, por lo dicho, está siendo escrito por muchos jóvenes, que son precisamente quienes necesitan de estos canales de distribución y conocimiento de su obra.

El primer número de Ruido Blanco incluye poemas de David G. Barreto, Ernesto Carrión y Mauricio Medo, un ensayo de Juan José Rodríguez Santamaría, una selección de la poesía de Ives Bonnefoy, traducidos por César Vásconez. Varias reseñas de libros cierran el breve volumen.

Desde las páginas de El Duende, les deseamos éxito en esta faena de poblar el mundo de palabras significantes.

Contactos: revistadepoesiaruidoblanco@gmail.com

Ruido blanco



el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: alberto guerra g. (†)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo cáceres r.
coordinación: julio garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfs. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende

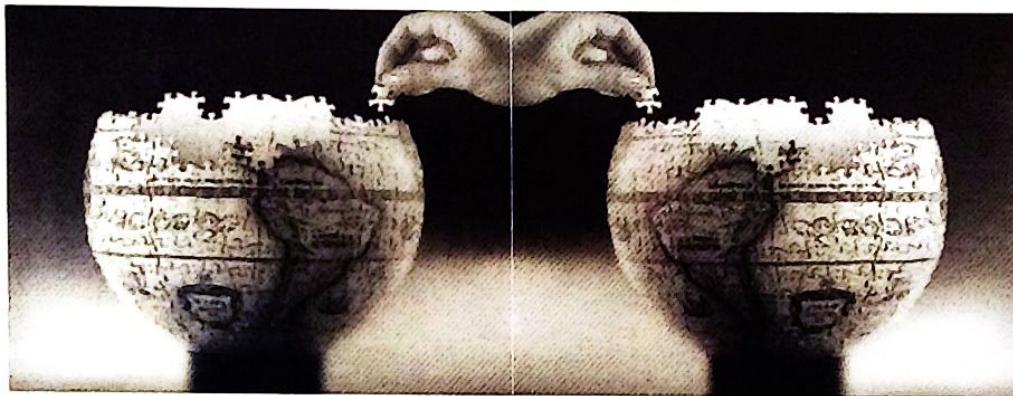


*El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.*

Desde mi rincón:

Nuevos textos del viejo Pazos Kanki

TAMBOR VARGAS



(Primera de dos partes)

No hay duda alguna que Vicente Pazos Kanki es uno de los valores sólidos de la cultura boliviana, tanto en su periodo de lucha por afianzar su independencia. No se puede decir que haya merecido toda la atención de estudio que se merece, pero tampoco que haya quedado olvidado: a lo largo del tiempo ha habido quien se haya interesado por él; sin embargo (como en tantísimos otros temas de las letras del país) con demasiada frecuencia parasitando y repitiendo las noticias dadas ya con anterioridad, en lugar de volver a los textos del autor para leerlos y examinarlos con curiosidad. Tan esa así, que una de las principales producciones intelectuales de Pazos, sus cartas sobre las provincias del Río de la Plata, no ha merecido prácticamente ninguna atención; ni siquiera la piedad de una traducción aceptable. Pues bien, en mis peregrinaciones en pos de impresos de interés boliviano, en la Lilly Library (Bloomington) se conserva un libro que quiero dar a conocer principalmente desde estas páginas amigas.

Impreso fruto de la curiosidad de Pazos (o, acaso, más bien de las estrecheces materiales que le acompañaron y acongojaron durante casi toda su vida). Y pertenece a la etapa final de su aventurera existencia, cuando por tercera y última vez se había asentado en la capital argentina. Se trata, no de una producción intelectual propia, sino de su convencida mediación para que se imprimiera en español una obra cuyo original había salido publicado en francés. El libro es éste:

LA SABIDURÍA POPULAR DE TODAS LAS NACIONES Ó LOS VIAJES DE UN BRACMA. La Escribió en Francés el Señor FERNANDO DENIS, Autor de varias Obras Literarias, y Conservador de la Biblioteca Nacional de París; y lo reimprime en Castellano DON VICENTE PÁZOS KANKI. [grabado de la esfera terrestre], BUENOS AIRES, Imprenta Republicana Calle San Francisco Número 194. 1849, VII ("AL LECTOR"), 156 (texto), una (lista de señoras subscriptoras), espalda en blanco, una (erratas) p.

Volumen de escasas dimensiones (14 x 10 cm.); en el ejemplar examinado no hay ningún rastro de anteriores dueños (ciertamente, no del bibliófilo porteño Antonio Santamarina, quien nunca se olvidaba de etiquetar y sellar sus conquistas librescas).

La identificación de la obra original no ofrece dificultades: fue escrita por el viajero y bibliotecario francés Jean-Ferdinand Denis (1798-1874/1890?) y en el original francés lleva por título *Le Brahme voyageur ou la sagesse populaire de toutes les Nations...* (París, À la librairie d'Abel Ledoux, 95, rue Richelieu, París. M.DCCC.XXIV [1834], 209 pp.; 3 láms. (pero tengo noticia de una edición anterior, París, 1832, Imp. de Casmir, 108 p.).

No resulta, en cambio, tan fácil precisar la intervención que Pazos tuvo en ella; por la portada sólo sabemos que 'reimpuso' la obra en castellano; cabe preguntarse si la 'reimpresión' incluyó o no la traducción. No sólo no lo podemos afirmar, sino que, de haber sido también traductor, parece que lo habrá expresado inequivocadamente. A salvo de lo que el propio Pazos nos desvelará más adelante, me inclino a pensar que nuestro Pazos fue el simple 'adaptador' o responsable de la puesta a punto del texto ya traducido. ¿Es esto todo?

LA NOTA DEL EDITOR

De ninguna manera, pues, examinando la edición de 1849, leemos la nota inicial que le puso y que a la letra dice así:

"AL LECTOR"

La Academia de Ciencias, ó el Instituto Real de Francia acostumbra ofrecer premios á las obras que, en los diferentes ramos de los conocimientos humanos, merezcan la aprobación de esta sabia corporación que es la primera en Europa.

Entre las obras morales que se le presentaron, obtuvo premio, los VIAJES DE UN BRACMA. Ó LA SABIDURÍA POPULAR DE TODAS LAS NACIONES, escrito por el Sr. Fernando Denis, uno de los literatos franceses más distinguidos en el mundo científico, y Conservador de la Biblioteca Nacional de París.

Esta bella composición se recibió con aprecio general, haciéndose versiones de ella en varios idiomas europeos; y no podía ser de otro modo una producción que, en tan pequeño volumen, recorre la extensión del mundo, y repite la Salmodia de todos los pueblos. Creí por tanto que sería útil que mi patria no se privase de su lectura, más particularmente cuando su sabio autor (cuya amistad me honra) me había inducido á hacer una traducción en la lengua vernacular del suelo en que naci. Dificultades invencibles me alejaron de este esfuerzo, consolándome con la dulce esperanza de que los Americanos del Sud que viajan por toda la Europa, son como las industriosas y solícitas abejas que después de recoger la miel de las flores de jardines lejanos, dejando la miel, vuelven á sus respectivos países á poner en práctica las instituciones y usos saludables que allá encontraron.

Día llegarán también, cuando la luz del Evangelio y de la civilización moderna hayan penetrado en nuestras inmensas campañas y bosques espesos, en donde viven multitud de indígenas, sus habitantes primitivos y nuestros compatriotas, saldrán igualmente viajeros Pampas, Chacos, Yurag-Karis y otras tribus. (I), que como el Brahma Asiático, recorran el viejo mundo para volver á sus tierras á fundar la paz y el orden social, cimentándolo sobre la perfección de la inteligencia humana. Éste será el triunfo de la razón y de la hu-

manidad cuyas leyes eternas ha coronado la Religión Santa de la Iglesia Católica Apostólica Romana que tenemos la gloria de profesar.

Por lo demás, nada puedo añadir para ilustrar el mérito de esta obra en cuyo original brilla la moral universal al par del esplendor de la elocuencia francesa. Feliz me creeré yo, si esta reimpresión es bien recibida: pues mis constantes votos se han cifrado en recomendar en mis escritos, en medio de mis infortunios, la unión, la fraternidad, la alianza de inteligencia y de intereses positivos y morales entre toda la gran familia Sud Americana.

Buenos Ayres Octubre de 1849.

V. P. K. " (pp. III-VII)

Texto iluminador, interesante e importante: aquí el propio Pazos aparta toda duda sobre si fue o no el traductor: aunque fue invitado a serlo por el propio autor, las circunstancias se lo impidieron; pero se reservó esta nota inicial. Por otro lado, aprovecha el poco espacio de que dispone para dejar correr algunas ideas con sustancia: estaba lejos, si es que alguna vez cayó en él, del complejo de colonizado (tan actual, en sus expresiones más ridículas!) que le impidió ver lo mucho que los sudamericanos podían aprender de la realidad europea; y puesto a soñar, pero como prueba máxima de su desacoplamiento, confía en el día que las poblaciones autóctonas americanas también viajarán por el mundo para aprender de él y volver a sus tierras "a fundar la paz y el orden social" cimentados "sobre la perfección de la inteligencia humana", en lo que ve "el triunfo de la razón y de la humanidad". Lejos, también, del resentimiento anti-cristiano (también de moda), para Pazos esa razón y esa humanidad culminan en las leyes del Catolicismo "que tenemos la gloria de profesar".

Todavía le queda el cierre: plenamente instalado en la utopía, confiesa los más profundos anhelos para Sudamérica que han orientado su vida: unión fraterna, "alianza de inteligencia y de intereses positivos y morales".

(continuará)



Los Juicios

En 1895 se celebraron tres juicios antes de que Wilde fuese declarado culpable de todos los cargos excepto de uno y de que fuese sentenciado a dos años de trabajos forzados. El primer juicio comenzó el 3 de abril, el segundo el 26 del mismo mes y el tercero el 20 de mayo.

Cuando aconsejaron a Wilde que saliera del país para evitar los juicios él respondió:

Todos quieren que me vaya, pero acabo de estar fuera del país y de regresar a casa. Uno no puede irse todo el tiempo a menos que sea un misionero o, lo que es igual, un agente comercial.

Cuando le dijeron que sería interrogado por Edgard Carson:

Sin duda hará su trabajo con toda la amargura añadida de un viejo amigo.

Su hermano Willie se comprometió a defenderle.

Me dice que me desiente por todo Londres. Mi pobre y querido hermano podría comprometer hasta a un barco de vapor.

El primer juicio

Señor Carson: Tengo entendido que sostiene usted la opinión de que no existe ningún libro inmoral.

Oscar Wilde: Sí.

Señor Carson: Puedo suponer que usted no considera que *El sacerdote y el acólito* sea una historia inmoral.

Oscar Wilde: Era peor que eso: estaba mal escrita.

El señor Carson lee pasajes de Dorian Gray.

Señor Carson: ¿Quiere usted decir que el pasaje describe el sentimiento natural de un hombre hacia otro?

Oscar Wilde: Sería la influencia producida por una hermosa personalidad.

Señor Carson: ¿Una persona hermosa?

Oscar Wilde: He dicho una "hermosa personalidad". Usted puede describirla como guste. Dorian Gray es una personalidad notable.

Señor Carson: ¿Puedo suponer que, como artista, nunca ha conocido el sentimiento que se describe aquí?

Oscar Wilde: Nunca he permitido a ninguna personalidad dominar mi arte.

Señor Carson: Pero repásemoslo frase por frase. "Debo admitir que te adoro con locura". ¿Qué tiene que decir a esto?

¿Alguna vez ha adorado a un joven con locura?

Oscar Wilde: No, no con locura; prefiero el amor, es una forma más elevada.

Señor Carson: Eso no importa. Quedémonos en el nivel en el que estamos.

Oscar Wilde: Nunca he adorado a nadie excepto a mí mismo.

Señor Carson: Supongo que considera eso muy ingenuo.

Oscar Wilde: De ninguna manera.

Señor Carson: Entonces, ¿nunca ha experimentado ese sentimiento?

Oscar Wilde: No. Siento decirlo, pero tomé la idea de Shakespeare, de los sonetos de Shakespeare.

Señor Carson: Me parece que ha escrito un artículo para demostrar que los sonetos de Shakespeare sugieren un vicio contra natura.

Oscar Wilde: Al contrario, he escrito un artículo para demostrar que no es así.

Señor Carson: "Te adoro con derroche". ¿Se refiere a dinero?

Oscar Wilde: Oh, sí, a dinero.

Señor Carson: ¿Cree que estamos hablando de finanzas?



Oscar Wilde. El arte de conversar

persona ni creo que en el mundo exista la mala influencia.

Señor Carson: ¿Un hombre nunca corrompe a un joven?

Oscar Wilde: Creo que no.

Señor Carson: ¿Nada puede corromperle?

Oscar Wilde: Si se refiere a la diferencia de edad.

Señor Carson: No, señor, me refiero al sentido común.

Oscar Wilde: No creo que una persona pueda influir en otra.

Señor Carson: ¿No cree que adular a un joven, hacerle la corte, de hecho, podría corromperlo?

Oscar Wilde: No.

El señor Carson hizo entonces referencia a la carta que Wilde le había escrito a Lord Alfred Douglas.

Señor Carson: ¿Dónde se alojaba Lord Alfred Douglas cuando usted le escribió esa carta?

Oscar Wilde: En el Savoy. Y yo estaba en Babbacombe, cerca de Torquay.

Señor Carson: ¿Esta carta era una respuesta a algo que él le había enviado a usted?

Oscar Wilde: Sí, a un poema.

Señor Carson: ¿Por qué un hombre de su edad llamaría a un chico casi veinte años más joven "mi querido chico"?

Oscar Wilde: Porque le tenía afecto; siempre le he tenido afecto.

Señor Carson: ¿Le adora?

Oscar Wilde: No, pero siempre me ha agrado. Creo que es una carta hermosa. Es un poema. No estaba escribiendo una carta ordinaria. También podría usted preguntarme si el Rey Lear o un soneto de Shakespeare hubieran sido adecuados.

Señor Carson: ¿Más allá del arte, señor Wilde?

Oscar Wilde: No puedo responder más allá del arte.

Señor Carson: Suponga que un hombre que no fuese un artista hubiese escrito esta carta. ¿Diría usted que se trata de una carta apropiada?

Oscar Wilde: Un hombre que no fuese un artista no podría haber escrito esa carta.

Señor Carson: ¿Por qué?

Oscar Wilde: Porque sólo un artista podría escribirla.

Nadie más puede escribir con ese lenguaje a menos que sea un hombre de letras.

Señor Carson: ¿Puedo sugerir, por el bien de su reputación, que este "tus labios rojos pétalos de rosa" no tiene nada de maravilloso?

Oscar Wilde: Depende en gran medida de cómo se lea.

Señor Carson: "Tu esbelta alma dorada camina entre la pasión y la poesía". ¿Es ésta una frase hermosa?

Oscar Wilde: No cuando usted la lee, señor Carson; lee bastante mal.

Señor Carson: ¿Atkins le llamaba Oscar?

Oscar Wilde: Sí. Yo le llamaba Fred. Siempre llamo a la gente a la que quiero por sus nombres de pila; a la gente que me desagrada la llamo otra cosa.

Señor Carson: ¿Bebe usted champagne?

Oscar Wilde: Sí, el champagne muy frío es una de mis bebidas favoritas, totalmente en contra de las órdenes de mi doctor.

Señor Carson: No nos importan las órdenes de su doctor, señor Oscar Wilde: A mí tampoco.

Señor Carson: En marzo o abril del año pasado fue usted a visitar una noche a Parker, en el 50 de Park Walk, a eso de las doce y media de la noche.

Oscar Wilde: No.

Señor Carson: ¿Park Walk no está a unos diez minutos a pie de Tite Street?

Oscar Wilde: No lo sé, nunca camino.

Señor Carson: ¿Siempre que va de visita lo hace en taxi?

Oscar Wilde: Siempre.

Señor Carson: ¿Y si hubiera hecho la visita, habría dejado el taxi afuera?

Oscar Wilde: Sólo si fuera un buen taxi.

Son famosos los juicios de Oscar Wilde, y no sólo en el ambiente judicial, sino también en el literario; estando al borde mismo del descrédito y de que su vida quedase arruinada,

Wilde no vaciló en utilizar sus dotes como orador y defendarse por medio de ingeniosas declaraciones. Muchas veces dejó en ridículo a la parte acusadora: son célebres tanto la humillación como la persistencia de Edward Carson, antiguo compañero de Wilde en el Trinity College de Dublín.

Oscar Wilde: No sé de qué habla usted.

Señor Carson: ¡No lo sabe! Bueno, espero ser bastante explícito antes de que terminemos. "Estaba celoso de todos con los que hablabas". ¿Alguna vez ha tenido celos de un joven?

Oscar Wilde: Nunca en mi vida.

Señor Carson: "Querfa que fueras sólo mío". ¿Alguna vez ha tenido ese sentimiento?

Oscar Wilde: No, lo consideraría una intensa molestia, un intenso aburrimiento.

Señor Carson: "Temo que el mundo conozca mi idolatría". ¿Por qué debería temer que el mundo la conociera?

Oscar Wilde: Porque hay gente en el mundo que no puede comprender la intensa devoción, el afecto y la admiración que un artista puede sentir por una personalidad maravillosa y hermosa. Éstas son las condiciones en las que vivimos, y lo lamentó.

Señor Carson: En otro pasaje, Dorian Gray recibe un libro. Ese libro al que usted se refiere, ¿era un libro moral?

Oscar Wilde: No estaba bien escrito, pero me dio alguna idea.

Señor Carson: Pero ¿contenta este libro cierta tendencia?

Oscar Wilde: Me niego a ser interrogado sobre el trabajo de otro artista. Es una impertinencia y una vulgaridad.

El señor Carson lee un extracto de El retrato de Dorian Gray en el que el artista, Basil Hallward, habla con Dorian Gray.

Señor Carson: ¿No sugiere este pasaje cierta carga de vicio contra natura?

Oscar Wilde: Describe a Dorian Gray como un hombre de influencia corruptora, aunque no se declara la naturaleza de esa influencia. De hecho, no creo que nadie pueda influir en otra



Quién le teme a Virginia Woolf

En *Mr. Bennett y Mrs. Brown* (1923), un manifiesto trascendental de la novela moderna, escribió: "El tema propio de la novela no existe; todo constituye el tema propio de la novela" y agregó: "La vida no es una serie de lámparas dispuestas sistemáticamente; la vida es un halo luminoso, una envoltura semi-transparente que nos rodea desde el nacimiento de nuestra conciencia hasta el fin. ¿No es acaso la tarea del novelista coger este espíritu cambiante, desconocido, ilimitado, con todas sus aberraciones y complejidades y con la menor mezcla posible de los hechos exteriores y ajenos?" *La señora Dalloway* (1925), *Al faro* (1927) y *Las olas* (1931, que conoció una brillante traducción de Lenka Franulic para la editorial Ercilla, en Santiago, hace más de cuatro décadas), son sus obras maestras y llevaron la técnica del monólogo interior a un punto sin retorno que cambió para siempre el género novelístico. De hecho, *Las olas* –para algunos su obra cumbre y, para otros, un poema en prosa que la acerca más a Shakespeare, Blake y Wordsworth que a lo que se entiende por narración– carece por completo de argumento, los sucesos externos son eliminados del todo y sólo captamos el mundo concreto a través de seis conciencias humanas.

Un prodigo

Orlando (1928) no es menos audaz que las demás obras de Virginia Woolf, pero, por cierto, es mucho más accesible como uno de los divertimentos literarios más hermosos e inclasificables que se han escrito. Por desgracia o error, la más reciente edición en español de la magistral recreación, de Jorge Luis Borges, omite una parte del título completo de este libro, que es *Orlando. Una biografía*. En esta última palabra se encuentra la llave maestra y una de las claves centrales de esta creación genial. La fantástica historia, inspirada por Vita Sackville-West, amiga íntima de Virginia, va trazando, en un compacto y resplandeciente tejido literario, la vida del eternamente joven y aristocrático *Orlando* durante cuatro siglos, tanto en sus manifestaciones masculinas como femeninas.

Pero apasionante, erudita, cómica, tierna, chispeante, profunda, liviana e irresistible como es, *Orlando* no se agota, ni mucho menos, en la biografía de un ser maravilloso, cuya juventud, inteligencia y belleza deslumbrantes traspasan la barrera de las centurias y de los sexos, del tiempo y de la incomprendición entre el hombre y la mujer, que son las trabas más difíciles de superar en el drama de la convivencia humana. En sus sucesivas encarnaciones y metamorfosis de estudiante, guerrero, amante, polílico, poeta, literato, dama de sociedad, musa inspiradora, escritora, enamorada romántica, esposa fiel y otras, el personaje de esta novela es lo que ninguna otra creación literaria ha sido antes o después de *Orlando*: hombre y mujer o, mejor dicho, mujer después de haber sido hombre, con lo cual comprende, en sí mismo, la integridad de la cultura masculina y femenina. Este héroe no es un andrógino, un hermafrodita ni nada que se le parezca, sino un ser indescriptible que abarca las dos principales formas de ser que han separado a la humanidad, siendo primero un varón por donde lo miren y, más tarde, una mujer en todo el sentido de la palabra, pero una mujer que sabe lo que es ser hombre pues previamente lo ha sido.

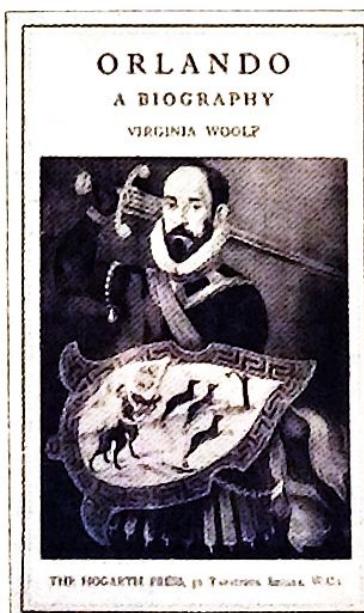
Ésta es sólo una primera aproximación a *Orlando* y con seguridad es la más inmediata y llamativa, pero no la única. Cabe agregar que Virginia Woolf es tan divertida y amena en el tratamiento de este tema y revela una comprensión tan honda y solidaria por la naturaleza humana, que su libro jamás bordea el sentimentalismo o la proclama de ideas, pese a que pocas novelas con tantas ideas se han escrito en un número relativamente breve de páginas.

Otras aproximaciones

Hace pocos años, las obras de Joyce, Proust, Faulkner y muchos otros autores modernos, entre los que sobresalen la pureja



Sobre Virginia Woolf (1882-1941), aclamada hoy como una de las grandes innovadoras en la novela del siglo XX, se ha escrito tanto, especialmente desde la década de 1970, cuando se la consideró fundadora de la escuela del feminismo crítico, que tienden a olvidarse sus ficciones y su vastísima producción crítica y periodística.



de Virginia y Leonard Woolf, núcleo del célebre grupo de Bloomsbury, se encontraban en casi todas las librerías chilenas, se compraban, eran leídas por muchas personas y, lo que es digno de destacarse, varios de estos autores eran traducidos y editados en Chile. Cuando esto no ocurría, Buenos Aires parecía mucho más cercana que ahora, literariamente hablando, y algunas colecciones, hoy legendarias, llegaban con prontitud a nuestro país. Lo mismo sucedía con el cine, que nunca ha conspirado contra la literatura sino que, en numerosas ocasiones, la ha realizado. Cuando las poquísimo librerías que en el presente hay en Santiago venden unos pocos libros a precios prohibitivos y las salas cinematográficas exhiben un par de películas tolerables al año, en esta nación que se cree espejo de la modernidad, la crítica parece, a veces, un ejercicio bastante prescindible. Todo esto viene a cuento porque en 1993 se realizó un excelente filme inglés basado en *Orlando* que ha pasado bastante inadvertido. Es indudable que su mayor difusión habría servido como estímulo para que la actual generación tuviese conocimiento de la extraordinaria novela de Virginia Woolf.

Como sea, es preciso añadir que, sin agotar la diversidad de significados que esta obra maestra posee, hay varias otras facetas en ella que merecen mencionarse en un artículo introductorio.

Orlando, ya lo dijimos, es una biografía de un ser fantástico y también es la historia de un amplio conjunto de personajes, reales o imaginarios, que lo acompañan en su carrera a lo largo de cuatro siglos. Pero, en un nivel diferente y tal vez más profundo, esta novela es también una historia de la literatura inglesa, de su aristocracia y de su paisaje rural y urbano.

Como biografía literaria de una nación, *Orlando* no puede ser un libro más sencillo y menos pretencioso, a pesar de que en sus páginas la Reina Isabel Tudor, Shakespeare y Marlowe se codean con Dryden, Pope y Johnson y hay una sutil línea que va dibujando, en forma tenue, la evolución de una de las lenguas más importantes en el mundo de las letras europeas.

Como historia de la evolución de la clase dominante más hábil del mundo, porque ha sabido, como ninguna otra, desarrollarse, cambiar, adaptarse e incluso adelantarse a los tiempos, *Orlando* es un libro que carece de parangón gracias a la inteligencia sin complacencias de su autora y al retrato acabado que realiza sobre la aristocracia de su país.

En cuanto a la descripción del paisaje inglés, de los parques continuos, los bosques, la campiña y el infinito cromatismo cambiante de las estaciones, esta novela alcanza el esplendor de una fiesta visual. Aunque sea mucho más sucinta que las otras obras de Virginia Woolf, la escritura de *Orlando* es tan brillantemente figurativa y eficaz, que la línea divisoria entre literatura y pintura desaparece, ya que se lee y se ve con los sentidos al mismo tiempo.

Orlando, por último, no termina en ninguno de los niveles a los que nos hemos referido y cada lector encontrará su propia interpretación y se deleitará en uno u otro aspecto del libro. Como acontece con las obras maestras, se puede leer y releer; nunca se olvidará y siempre podrá entregar nuevos hallazgos a quien esté dispuesto a encontrarlos.

Camilo Marks. Santiago de Chile. La Crítica: el género de los géneros. Publicado en Literatura y Libros, La época, 1994

Eduardo Mitre

Eduardo Mitre (Oruro, 1943) ha publicado los poemarios: *Morada* (1975), *Ferviente humo* (1976), *Mirabilia* (1979), *Desde tu cuerpo* (1984), *La luz del regreso* (1990), *Líneas de otoño* (1993), *Camino de cualquier parte* (1998), *El paraguas de Manhattan* (2004), *Vitales* (2008) y *Al paso del instante* (2009).



De un aniversario

Al cruzar por el parque Albano
con mi mujer del brazo
entré hoy a los sesenta años.
Callados los dos,
sumidos cada uno
en su propio pensamiento,
nos dirigimos
al consabido festejo.

La miro de soslayo
y observo conmovido
las líneas de su frente,
sus labios taciturnos,
los jaspes de su pelo,
y cavilos me pregunto:
cuántos cuartos y calles,
días y noches juntos
recorreremos
antes de separarnos.

Y quién se irá primero:

Pido ser yo y que, entonces
ella sólo rememore
mis torpezas y vicios,
el fardo de mi pereza,
la ceguera de mi egoísmo
el modo de mi ausencia
lejos de hacerle una llaga,
le traiga un secreto alivio.

Nos detenemos ante la puerta
y, antes de llamar, la miro
mientras ella
sin devolverme la mirada,
cuidadosamente me arregla
el nudo de la corbata,
el cuello del abrigo.

Reencuentro

De mi cuarto observo la calle
y me sorprende Cachín Antezana
que al frente sale apurado de casa
sin cerrar la puerta con llave.

Aún distingo su noble espalda
y su chaleco andino
que pasa desapercibido
en esta capital de la diáspora.

Ansioso de darle alcance
bajo rápido por la escalera
mas, con tantos hombros en la acera
no consigo ya divisarle.

Decido esperar a que caiga la tarde
y él vuelva a su casa,
se siente en el sillón de la sala
y plácidamente se instale

en un axioma de Wittgenstein
o en un verso de Jaime Saenz
o –cosa más probable–
en el duelo entre Boca y River Plate.

Y es justamente lo que ahora,
ya de vuelta, está por hacer:
lo estoy viendo por la ventana
y me apresuro a reunirme con él.

Llamo a su puerta y a poco
siento sus pasos en el zaguán,
ya sus manos retiran el cerrojo,
ya se abren los brazos de par en par...

Colegiala por Union Square

La perenne garúa de las pecas
en su rostro adolescente,
el pelo corto, y en la fina oreja
el audífono como un arte.

Venía diciendo algo
y, de pronto, cesaron las palabras
y bruscas lágrimas
eclipsaron sus ojos.

La seguí con la mirada
hasta que se perdió en el gentío
con los hombros sacudidos
aún por el sollozo.

Apenado, llegó a casa
pensando que tanta aflicción
no podía tener otra causa
que una razón de amor.

Y temiendo por ella
tan sola en el tráfico,
sorda a las bocinas, ajena
a las luces del semáforo,

me apuré a trazar estas líneas
con suma cautela,
como si cada palabra fuera
uno de sus pasos

y yo caminara a su lado
hasta llegar a su casa
y ella entrara, sana y salva,
por fin, como yo, a este cuarto.

La vislumbrada

Alzó una mano
y se detuvo el taxi.

Delicada y energética
como quien retira una venda
o un obstáculo
abrió la puerta.

Colocó en el asiento
la bolsa y la cartera,
ingresó las caderas,
los pies aún en el asfalto.

No creo que se diera cuenta
de que la estaba mirando
cuando juntó las piernas
como las palmas de las manos

en los rezos de las iglesias
y, sin dejar resquicio,
con cuidado las fue alzando
como un puente levadizo.

Arrancó el coche
y me sentí como un siervo
solo en la noche,
sin entrada al castillo.

Los poemas reproducidos en esta página, pertenecen a *Al paso del instante* (España, 2009) el más reciente poemario de Eduardo Mitre editado, como ya sucedió con dos de sus libros anteriores, en la colección La Cruz del Sur de la editorial valenciana Pre - Textos.

Se trata de un libro que reúne veinticinco poemas de diversa extensión, todos ellos, empero, animados por el deseo de descubrir, sostener y perpetuar el instante, como un pescador que aguarda pacientemente a los peces para sentir la tensión de la caña y saber que el anzuelo ha hecho su trabajo. Sin embargo, también sabe que pez, poema, instante, sólo pueden vivir fugazmente en el agua, la página, el tiempo y el poeta intenta vislumbrar un mundo en el que puedan unirse.

Poemas limpios, transparentes creados por uno de los mayores poetas bolivianos. Un delicado goce. Un regalo que agradecer a la poesía.

Invierno

¿Qué es Invierno? ¿Cuál Invierno? Tal vez sea una historia sin historia, donde puede ocurrir todo y nada. Macondo, Tirinea o Santa María son lugares. Invierno en cambio, es un tiempo. Mítico, asimismo? Nadie lo podrá encontrar, nadie podrá volver a ese no lugar. La novela de Christian J. Kanahuaty (Cochabamba, 1982) es una novela de jóvenes viejos, del final de una vida, de un mundo, y por eso mismo, señal del inicio de otro tiempo, de otras vidas quien sabe si de esperanza o de muerte definitiva (Manuel Vargas)



(Fragmento)

Cuando empecé a escribir esto pensé que aquí había una historia. Ahora sé que la única historia que aquí puede existir, es la historia de mi fracaso, muy patético por cierto y que en resumidas cuentas no alcanza ni para crónica de sucesos no realizados.

Pero toda buena crónica debe partir de un hombre y de la edad de ese hombre, el hombre por supuesto soy yo, Pablo Martínez Robles, un servidor, como cualquier otro. Y mi edad, bueno mi edad no tendría que importar. Lo importante es la frescura con la que recuerdo momentos invernales, aparentemente no se han congelado y no se han desplazado hacia otro continente memorial. Ese invierno es como una gran roca que es transportada a lo largo de mis venas. No soy más que huesos, mi edad corre como conejo escurridizo por la puerta que dejaron abierta cuando se fueron. Ahora soy sólo un tipo que fue joven alguna vez y que también tuvo ganas de más. Soy aquél a quien los demás han visto envejecer de un invierno a otro; mi voz se escucha. El romance se quedó en las ilusiones poéticas de mis veinticinco años, a los treinta era un infeliz enfrascado en un matrimonio sórdido y mudo, en mi casa no se reía ni se jugaba a las cartas: se fornecaba para acallar el resentimiento y se cocinaba para disimular los malos tratos, a veces la violencia adquiere ribetes tan hermosos... Y a los cuarenta me contemplé en escándalos que sólo pudieron enlodar mi nombre, pero ahora qué más da... Ahora que sobrepaso, al parecer, los cincuenta, estoy por fin empezando a aprender a reírme de mí mismo. Nunca lo había hecho antes. Quiero hacerlo. Espero poder. Espero tomarme menos en serio y olvidar; o lo que es lo mismo: pasar una hojeda rápida a todo ese ayer para de una vez dar vuelta la hoja. Avanzar no me sirve de nada, tengo que caminar con los ojos puestos en ese lugar, lograr aniquilar ese invierno con la única fuerza que impone el recordarlo.

Algo más; mi imposibilidad para reaccionar ante la muerte de algunos miembros de mi familia o la bancarrota de mi padre han labrado a fuego mi carácter, lo debería decir,

mi edad? No lo sé, supongo que mi edad y mi carácter no coinciden. Soy muy viejo para algunas cosas y he dejado de soportar a la gente y no entiendo por qué aún me emocionan las novedades. Río cuando todos están dispuestos a llorar, lloro cuando menos lo espero, simplemente se me salen las lágrimas, no sé explicarlo, es incontenible... Pero sobre todo, he dejado de festejar mi cumpleaños. Me siento ridículo soplando esas velas que representan que ya no tengo cuarenta como antes, que ya cada vez tengo menos tiempo, menos espacio en la torta para tantas velas. La única vela simbólica es peor que una risa sarcástica de parte de la señora muerte. Yo ya nouento mis años, pero sé que un día mi piel estará llena de arrugas y mis ojos no expulsarán ningún color. Creo que aún conservo las ideas inmaduras tan típicas de los veinte años.

Todos se fueron casando, tuvieron hijos, contrajeron hipotecas. Engordaron y lograron moderados ascensos en el trabajo. Yo lo hice todo al revés.

Quizás ellas fueron para mí sólo un placebo. O quizás haya sido al revés, por eso no se quedaron mucho tiempo a mi lado. Estoy cansado y sé que no puedo cambiar. No tiene sentido, si ya me queda tan poco, para qué seguir intentándolo. Las dos orillas de mi río empiezan a juntarse y sé que estoy al medio de ellas. Recordar mi juventud es una ilusión más que puedo comprar, así puedo disfrutar cómo materializo lo que perdí y no disfruté. Me dejé llevar y sin querer me convertí en el personaje secundario de lo que supuse que era mi vida. Ahora que empiezo a ser el protagonista encuentro que la edad no es más que una palabra inventada para marcar distancia.

El papel que debo representar me sobrepasa. Y es como ser dos en el cuerpo de uno, como si nunca fuera yo mismo. Como si en cada etapa por vivir sólo apareciera una parte mía que habla y hace todo por mí para luego desvanecerse dejándole el lugar a otra... Y así, una a otra se van convirtiendo, para los que están afuera, en lo que soy, en lo que recordarán. Son de nuevo las cuatro de la tarde. Ayer no escribí nada. Todo el día estuve anclado a Andrea. Está más flaca. Dice que me quiere y que no está dispuesta a esperar más. Ya dije que con ella las preguntas románticas no tienen lugar y dije también que a ella y a mí este ir y venir cuando el tiempo y las ganas nos demandan hacerlo, nos conviene y nos complace. Ahora sé que esta situación ya no es de su agrado. Quiere formalizar nuestra relación y me ha sugerido que el primer paso sea vivir juntos. También me dijo que si digo que no, ella simplemente se desentenderá de mí y me sacará de su vida y de su cuerpo. En ese momento yo sólo la escuché, no le respondí nada. Sabe que lo pensaré; me dará tiempo. No será mucho, lo sé. Tengo que aclarar mis pensamientos. Antes de irse me dijo que ya no quiere que su vida sea sólo un deseo.

Volví a chatear con esa chica del chat. Hablamos del clima. De su madre y de su primo que es un yonqui. Es fría cuando habla de su familia; eso me gusta pero al mismo tiempo me aterra. No quisiera que se refiriera a mí con esa frialdad. No sé ni por qué me preocupo, si ni siquiera la conozco. Me atrae y hemos quedado en conocernos un día de éstos. Me deseó suerte en el proceso de escritura de mi novela. Ella cree que soy buen escritor. Espero que al saber que sólo publiqué dos libros, uno más mediocre que el otro, no se arrepienta y reconsideré verme. No creo. Aunque uno nunca sabe. Espero conocerla. Que nos gustemos. Mejor no pienso en eso. Tengo que pensar en lo que me ha propuesto Andrea.

Estoy algo sudado. Mejor me ducho. Tengo que salir más tarde y tengo que estar presentable.

Amanece y llego a casa. Tengo la cabeza aturdida pero aún soy consciente de mis actos.

Y ahora de nuevo, aquel invierno. Mi madre que no llamó en todo ese mes y el dinero que se acababa de a poco. Mis noches con ella y los fines de semana conversando con prostitutas que me doblaban la edad. Las acompañaba un rato mientras tomaba con ellas licor de anís o ron con coca-cola. En general se portaban bien conmigo, pero sé que nos les importaba mucho; era un cliente más, un cliente que en muchas oportunidades no uso por completo el total de sus derechos. ¿Dónde estarán ellas ahora? Seguro que ya están en otro lado con su cuerpo y su ferocidad. Yo, aún estoy aquí, lo cual no es mucho, pero es algo.

Y a pesar de todo, mi médico me dice que mi condición sigue siendo la misma; lo dicho, moriré, casi, inédito. Moriré y seré polvo. Venimos del agua y nos vamos a la tierra. Somos seres finitos, memoriosos y descompuestos.

No venimos con repuestos. No tuve nunca instrucciones de uso, pero seguro, de haberlas tenido, igual las hubiese desatendido.

Una de esas noches, sin apenas presentirlo, me puse a llorar. Lloré casi toda la noche, me dolían los ojos y el cuerpo. Sentía que mis mejillas me ardían pero no podía dejar de llorar. Las imágenes que veía en la televisión no me decían nada y su cuerpo ya no me daba placer. Revivi las excursiones que programaba el colegio y escuché las bromas de los compañeros de curso. Mi imposibilidad para comunicarme con ellos y mi incapacidad patológica en los deportes. La vez que transcribí una canción de Lennon y la convertí en un poema añadiendo palabras e ideas más, para que cuando al leerla en la clase todos quedaran pasmados, pero el resultado fue otro y quedé absurdo y abochornado durante el resto de ese día. El incidente con Carla y la carta de amor que le escribí y que por error mié lo leyó primera su prima Estefanía; ella, Estefanía, jamás me dijo nada y no sé si Carla recibió esa carta. No logré reunir el valor suficiente para preguntárselo. Imagino que sí la leyó, pero como unas palabras en hojas cuadruplicadas no eran suficientes, prefirió no darme importancia. Quizás fue mejor así. Las cartas de amor sin dirección hacen más por nosotros que esas que llevan exactas anotaciones que el destino en forma de cartero necesita para crear un horizonte real.



Adolfo Cúceres Romero



LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del periodo republicano

Escritores representativos

Néstor Galindo. Nació en Cochabamba el 23 de enero de 1830 y murió fusilado por las huestes de Mariano Melgarejo, luego de combatir en la Cantería de Potosí, el 5 de septiembre de 1865. Poeta de vocación, según comenta su biógrafo Augusto Guzmán: escribió versos desde los 12 años, revelando su inclinación natural a la poesía. René Moreno afirma que la vida de Galindo es una historia romanesca de aventuras, en que la proscripción, las vicisitudes, la política, los libros, los negocios, los paseos solitarios, forman la trama de la urdimbre; en que una instintiva vocación poética con sus ayes lastimeros y sus quimeras sombrías, da el tono dominante y la unidad de estilo; en que la ternura filial y el amor son el episodio más patético y al mismo tiempo la expresión más viva y penetrante.

A los 18 años, Galindo residía en Taipa debido al destierro de su padre. Allí escribió: *Bendito sea el día y el mes, y el año, y la estación, y el tiempo, y la hora y el instante, y el hermoso país y el paraje mismo en que fui hallado por los lindos ojos que me tienen cautivo; y bendito sea el dulce primer tormento que sufri al juntarme con el Amor, y benditos el arco, las flechas que me clavaron y la herida que lleva hasta mi corazón.*

Su dominio de las lenguas francesa e inglesa le permitió leer y traducir las obras de los clásicos como Víctor Hugo, Musset y Byron. Al retornar a Bolivia, el 16 de abril de 1852, fundó la *Revista de Cochabamba*, la primera en el país que dio cabida a escritores de su generación. Lamentablemente, casi después de un año, la edición cerró porque, según sus palabras: *no era del plan de la Revista ocuparse de los hechos políticos de Bolivia. Pero nuestro silencio nos ha comprometido ante aquello que creen que el primer deber del escritor es rendir homenaje y tributo al poder nacional.* En 1853, el gobierno de Belzu lo desterró por haber publicado un canto fúnebre a la muerte del General Ballivián; también sufrió proscripción en 1854, por haber tomado parte en el alzamiento del Cmnl. Achá.

En 1856 publicó su único poemario *Lágrimas*, donde aparecen versos de variada factura y concepción. Sin embargo, de su obra anterior cabe mencionar en 1857 *El Pabellón* publicado en forma anónima. He aquí un fragmento:

*¡Oh mano impla! La rasgada enseña
de tantas glorias y victorias tantas,
patriota el corazón, noble desdén,
que ya no es digna de ocupar las plantas.*

*Roto girón que nada al alma enseña
ni le recuerda sus memorias santas.
no es pabellón, ni enseña, ni bandera,
ni aún divisa de imbéciles siquiera.*

*Pobre cendal de incílio estandarte,
escoria vil de pabellón grandioso:*

*¿Dó está el pendón que tremolara Marte
en los campos triunfales, andoro?
Harapo ruín que un déspota reparte
en pedazo tan ruim como afrontoso,
no es ya la insignia santa, immaculada,
de toda alma patriota venerada.*

En 1856, compuso una elegía dedicada a su maestro y amigo, el tribuno Luis Velasco:

*Mártir de libertad, su vida ha sido
una lucha sin tregua y sin fin;
un funeral y lugubre gemido
cuyos ecos repite el porvenir.*

*Alma esforzada, con sublime anhelo
cruzó en borrascas de la vida el mar,
y ya cansada remontó su vuelo
en pos de su adorada libertad.*

*En vano los tiranos de la tierra
tentaron abatir su aliva sien;
sólo encontraron la sublime guerra
con que combate al mal, rígido el bien.*

*Mas nunca vio lograda su esperanza
y volóse a buscar playa mejor,
y apagó para siempre su pujanza
su rundo pensamiento creador.*

*Pobre, proscrito, triste y sin fortuna,
rico sólo de heroísmo y de virtud.
El infierno le metió en su cuna,
el infierno le acostó en su ataúd.*

Galindo ejercitó el verso en casi todas sus formas. Incluso escribió sonetos. Veamos el siguiente:

*Despierta alegra la gentil aurora
de su lecho de flores, oro y grana,
precursora veloz de la mañana
que al orbe tardo salgida enamora.*

*Rayos el sol en los espacios dora
y vida y juventud su frente maná,
avanza el día y el ocaso gana,
y de tristeza el universo llora.*

*Así en el alba de la humana vida
virgen sonríe al alma la inocencia,
canta el amor sus bellas ilusiones.*

*Mas la vejez a descansar convida,
y enferma y carcomida la existencia,
en el sepulcro apaga sus pasiones.*

Su extenso poema *La mujer* tiene algunas singularidades cuando la exalta no precisamente por su belleza física sino por su fortaleza y rol en el mundo:

*Es la mujer un alma peregrina
que Dios envió sobre el crinal del mundo,
como un destello de su luz divina.*

*como un presente de su amor profundo.
Ante ella el hombre la cerviz inclina
y reverencia su poder fecundo,
que es ella el ángel que guardián aclaman,
arcángel bello que custodio llaman.*

*Si en el mundano laberinto oscuro
hay un destello de la luz del cielo,
ese reflejo immaculado y puro
es la mujer en su amoroso anhelo,
es la mujer que irradió hacia el futuro
la celestial antorcha del consuelo,
lucero virginal de la esperanza
que a engalanar el porvenir alcanza.*

*Es la mujer, encarnación humana
del espíritu trino de María:
Esposa, madre y cariñosa hermana,
ingénita deidad de la armonía.
Destello virginal de la mañana,
rayo postreiro de la luz del día,
y providencia siempre bondadosa
en la existencia próspera y odiosa.*

